

Biblioteca Films

EL IMPLENABLE REUSADOR



NÚM.
501

Tom Kenne

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 501

PARTNERS 1932

El implacable acusador

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el audaz caballista

TOM KEENE

Narración de HARRY BALTYMORE

EXCLUSIVAS
CINNAMOND FILMS

Calle Balmes, núm. 51 - Barcolona

REPARTO

Dick.	TOM KEENE
Joan.	Nancy Drexel
Jarvis	Nic Pitchel

VIC POTEY

alejado de él, vivía en un hermoso rancho, el viejo "Carry-all", como le decían todos. Era un buen hombre que aparentaba tener un genio de los mil diablos, pero que a poco que se estudiase su carácter se veía que era un pedazo de pan, incapaz de hacer el menor daño a nadie. Vivía con su hija Joan, una encantadora muchacha de veinte años y el nieto Bud, un chiquillo de unos siete años, hijo de otro que "Carry-all" tuvo y que murió hacía varios años.

Atenuado el dolor por la muerte de aquél ser a quien tanto amaba, el buen viejo cifró toda su dicha y afán en aquellos dos seres, para quienes hubiera deseado poder reunir todas las riquezas del mundo y podérselas ofrecer a su muerte.

Muchas veces al hablar con Jarvis, uno de sus mozos favoritos, muchacho de buenos antecedentes, que desde niño servía en el rancho, le había dicho:

— Jarvis, el día que yo muera dejaré una gran fortuna para mi nieto. Lo único que siento, es que no haya todavía un hombre en la familia para poder defender mi hacienda, en el caso que yo desapareciese.

— Es verdad — respondió Jarvis. — Un hombre siempre infunde más respeto que no una mujer como es Joan.

— Pero yo lo tengo todo arreglado — siguió diciéndole el viejo. — He hecho testa-

Primera Parte

En las grandes llanuras del oeste americano donde las almas parecen gozar de la libertad que les ofrece la vida sencilla y apacible; de cuando en cuando, como un oasis de paz y de descanso se alzan pequeños pueblecitos, pintorescos por sus costumbres y sus habitantes, pero que después de una detenida inspección, suelen ofrecer todos ellos el mismo ritmo de existencia.

Por regla general los que viven en dichos pueblos tienen todos la misma ocupación, o poseen ranchos para la cría de ganado, o sus jornaleros que trabajan a las órdenes de los ganaderos. Allí no se concibe otro medio de ganarse la vida que de esa forma, y por la misma casi todos saben a ciencia cierta la marcha que llevan los negocios del vecino.

En Kilford, uno de esos pueblos, pero algo

mento, y como se el cariño que nos tienes a todos, te he nombrado tutor de Bud, por si acaso.

— Gracias por esa confianza, patrón — respondió con cierta emoción Jarvis, — pero yo le prometo que si desgraciadamente sucede algo, sabré defender su hacienda como cosa mía.

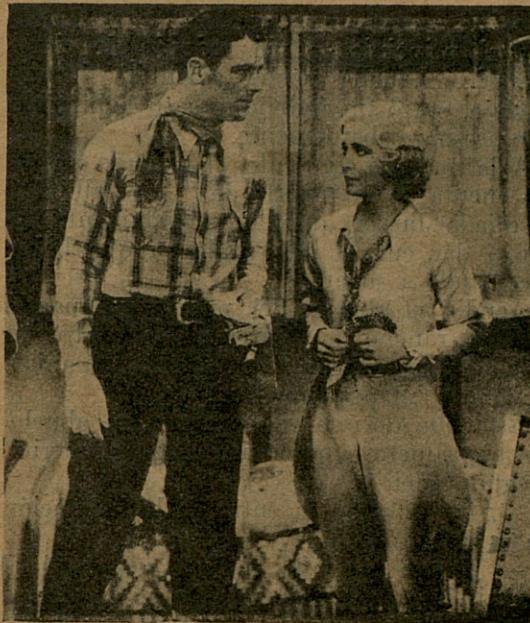
El viejo dió una cariñosa palmada sobre el hombro de su criado y éste se levantó al ver llegar en aquel momento a Joan, quien acercándose a su padre, le besó cariñosamente y le dijo:

— ¿No me dijiste que íbamos a ir al rancho de Dick?

— Es verdad — respondió el viejo. — Ya lo había olvidado. Menos mal que tratándose de Dick tú no lo olvidas tan fácilmente.

Joan no pudo evitar que su rostro adquiriera un rojo subido, fiel indicador del sentimiento que sentía por Dick y su padre, riendo alegremente, salió de la casa, para dirigirse a la de Dick, donde tenía que tratar ciertos negocios.

El viejo "Carry-all" sabía, no porque Joan se lo hubiera dicho, sino porque él lo había advertido, que su hija y Dick se querían. Eran unos amores que los jóvenes llevaban ocultos, aun cuando el viejo, jamás se habría opuesto a ello, toda vez que Dick era un muchacho de plena confianza y un trabaja-



Llevaban ocultos aquellos amores.

dor incansable. Sus caballos tenían fama en toda la comarca, y él estaba orgulloso de ellos, sintiendo una verdadera satisfacción al ver cómo se los envidiaban los demás.

Pero el mismo día en que Joan y su padre fueron al rancho de Dick, sucedió un hecho

que al principio se vió rodeado de cierto misterio. Aquella noche, mientras dormía el viejo, entró un individuo a su habitación y lo asesinó cobardemente.

A la mañana siguiente, el primero que se dió cuenta de la muerte de "Carry-all" fué su criado Jarvis, quien inmediatamente corrió a dar cuenta del estado en que había encontrado a su amo.

Acudió el sheriff del pueblo, y cuando llegó al rancho de "Carry-all" encontró ya al lado de su padre, a Joan, que lloraba amargamente y al pequeño Bud.

Este que dormía siempre con su abuelo, fué el primero a quien interrogó el sheriff, preguntándole:

— ¿Tú sabes quién entró en la habitación de tu abuelo?

— Yo no he visto nada — respondió el chiquillo. — Estaba dormido y no he visto a nadie.

El "sheriff" entonces se dirigió a Jarvis y le preguntó.

— ¿Sabes si tu amo tenía algún enemigo, que pudiera desear su muerte?

— Imposible — respondió Jarvis. — Mi amo era demasiado bueno para que nadie le quisiese mal.

— ¿Y no tuvo ninguna pelea ayer que pudiera haber dado lugar a esta venganza?

— preguntó nuevamente el "sheriff".

— Que yo sepa, ninguna — respondió Jarvis. — La última vez que estuve hablando con él parecía contento.

— ¿Con quien más habló, después de estar contigo? — siguió inquiriendo el "sheriff."

— Se fué con Joan al rancho de Dick... Ella misma le acompañó.

— ¿Sabe usted, de qué hablaron? — preguntó otra vez la autoridad local, a la joven.

— Estuvieron tratando de negocios, pero yo no presté atención a su conversación, solamente al despedirse oí que Dick le decía.

— Estamos en paz y tan amigos como antes... Siempre habían sido muy buenos camaradas.

El "sheriff" quedó un momento pensativo, al oír aquellas palabras de la joven y finalmente terminó diciendo.

— Registremos el cadáver, por si encontramos algo sospechoso.

Varios criados del viejo, registraron los bolsillos de su traje, y en él encontraron un pagaré extendido a nombre de Dick. El "sheriff" se apoderó de él inmediatamente, y exclamó.

— Me parece que esto quede servir de prueba.

— ¿Sospecha usted de Dick? — preguntó Joan, alarmada.

— Por ahora, del único que sospecho es de él, por asuntos de interés... ¿No sabe usted

que entre los dos existía siempre ciertas disputas por el ganado que uno y otro tenían?

— En efecto — exclamó Jarvis. — Varias veces le oí decir a mi amo... “Yo se que tarde o temprano tus caballos serán míos también, y tú mismo los tendrás que traer”... Puede ser que entre ellos hubiera algún préstamo y que Dick, tratara de librarse de pagarlos, y por eso lo mató.

Y como suele suceder en tales casos, los hechos más insignificantes, los de menos trascendencias fueron analizados minuciosamente, viendo en cada uno de ello, un motivo que justificaba la agresión por parte de Dick.

— No cabe duda — terminó diciendo el “sheriff”, que el asesino de “Carry-all” es Dick. Hay que ir a detenerlo en seguida.

Montaron a caballo y se dirigieron hacia el rancho de Dick, mientras que Joan lloraba amargamente, por la muerte de su padre y por la desilusión del amor perdido, aun cuando interiormente se resistía a creer que Dick pudiera ser el asesino.

Segunda Parte

Dick, preparaba su caballo para salir de su rancho, cuando vió venir al “sheriff” y a los que le acompañaban. Quedó sorprendido por la presencia de ellos, y al llegar junto a él les preguntó.

— ¿Ha ocurrido algo?

— Venimos en busca de un asesino — respondió el “sheriff.”

— ¿A mi rancho?... ¿Un asesino, en mi rancho. — preguntó sorprendido Dick.

— Sí — respondió el “sheriff”. — Buscamos un asesino y lo hemos encontrado.

— ¿Quien es? — preguntó Dick, que lo que menos podía sospechar, era que él fuese acusado.

— ¡Usted mismo! — exclamó el “sheriff” — Usted es quien ha matado al viejo “Carry-all”.

— ¿Han matado al viejo “Carry-all”? —

inquirió apenado el muchacho — ¿Y ustedes sospechan de mí?

— Hemos encontrado en sus bolsillos, un pagaré de usted, y con el único que habló ayer fué con usted.

— Pero, eso no dice nada, para poderme acusar. Yo siempre he sido amigo del viejo.

— Menos cuando discutían por cuestiones de caballos — exclamó Jarvis. — Acuérdese que muchas veces he tenido yo que intervenir para apaciguarlo.

— Verdaderamente — respondió Dick — Varias veces hemos discutido por lo mismo, pero siempre en tono amistoso.

— Bueno, bueno — terminó diciendo el “sheriff” — basta de explicaciones y acompañenos. En todo caso ya declarará delante del juez.

— ¿Me llevan arrestado? — preguntó Dick.

— Claro — exclamó sonriendo irónicamente el “sheriff” — ¿qué quiere que hagamos, que le dejemos partir tranquilamente?

Dick, comprendió que toda resistencia era emprendiendo la marcha delante de todos inútil en aquel momento y montó a caballo, ellos.

Mientras se dirigían al poblado, Dick iba pensando en quien había podido ser el ases-

sino del viejo. Era difícil sospechar de nadie, porque no se le conocía ningún enemigo y la única sospecha podía fundarse en alguna persona que tuviera interés en que él muriese. Pensó en Joan, en la triste situación que quedaba, sin una mano amiga que la ayudase, y en el pequeño Bud. Estas dos cosas fueron las que le decidieron a pensar en la fuga, puesto que, estando él en libertad le sería más fácil encontrar al verdadero criminal.

Llevaba un buen rato caminando, cuando al dar la vuelta del camino, Dick giró los ijares de su cabalgadura que de un salto emprendió una veloz carrera, arrojándose por un terraplén, por el que rodaron jinete y cabalgadura. Por muy pronto que quisieron perseguirle el “sheriff” y sus hombres, dieron tiempo para que Dick llegase al fondo del terraplén, sin ninguna herida afortunadamente y para que montando de nuevo a caballo, se lanzase a todo correr de su caballo para librarse de sus perseguidores.

Después de más de media hora de correr, consiguió por fin despistar a los hombres del “sheriff” y cuando se aseguró de que no era seguido, se dirigió hacia la choza de un pastor, antiguo amigo suyo, quien al verlo llegar de aquella forma le preguntó extrañado.

— ¿Qué le ocurre, Dick?

— Tendrás que ocultarme aquí, Jim. — le dijo al muchacho. Han matado al viejo "Carry-all" y me achacan a mí, su muerte.

— ¿Quién le ha acusado a usted? — preguntó sorprendido el pastor.

— No lo sé. Han sido todos y ninguno. Las circunstancias que se han puesto contra mí y me hacen aparecer como culpable... Necesito que no me encuentren hasta que yo pueda dar con el verdadero asesino.

Entró en la vivienda del pastor, mientras éste ocultaba su caballo y aquella tarde, la gente del "sheriff" que daba una batida por aquellos contornos se acercaron a la cabaña de Jim y le preguntaron.

— ¿Ha pasado por aquí Dick Burton?

— ¡Qué va a pasar! — respondió el pastor.

— Ya se cuidará mucho de no venir por aquí. Sabe que le tengo preparado un regalo de plomo y procura ocultarse... ¿Por qué le buscáis?

— Ha matado al viejo "Carry-all" y se nos ha escapado, cuando ya le teníamos preso.

— Siempre pensé que ese bribón terminaría colgado de un árbol.

Los perseguidores del joven, sin sospechar nada de Jim, volvieron a marcharse, no sin que antes le dijera el "sheriff".

— Si lo ves por aquí detenlo, aunque tengas que meterle un par de balas en el cuerpo.

— Descuide "sheriff" — respondió el pastor. — Como yo lo vea, le prometo que no lo detendrá usted... seré yo el que lo haga.

Estuvo esperando hasta que los vió marchar a todos, y entró luego a donde estaba Dick, diciéndole:

— Cada día me convenzo más en la tontería que hicimos eligiendo a ese hombre por "sheriff"... ¡Cuidado que es tonto!... ¿Y qué piensa usted hacer?

— Iré esta noche al rancho "Carry-all" y procuraré buscar algo que me ponga en la pista del asesino.

En efecto, aquella noche cuando todos dormían en el rancho, Dick se acercó a él, y cautelosamente, deslizándose como si fuera un reptil, llegó hasta dentro de la casa. Sin titubear se dirigió a la habitación donde había sido cometido el crimen, y buscó por el suelo, por si podía encontrar algo sospechoso. Lo único que vió fué un trozo de metal desgaste. Con aquello en su poder fué a salir otra vez de la casa, cuando se abrió la puerta y se encontró frente a Joan, que apercibida del ruido se había levantado para indagar la causa.

Al verlo en aquel sitio, su sorpresa no fué pequeña y exclamó.

— ¿Qué haces aquí, Dick?

— He venido a buscar pruebas para demostrar mi inocencia — respondió Dick. — Todos me acusan de haber matado a tu padre y es preciso que yo demuestre que no soy el asesino.

Joan bajó la cabeza, dudando de sus palabras y Dick, sintió como si le hiriesen en el corazón al advertir la duda de la joven. Al fin no pudo contenerse y le preguntó.

— Joan, ¿serás tú capaz de dudar de mí?... ¿Serás capaz de creerme un asesino?

Había tanta sinceridad en las palabras del joven que ella, luchando consigo misma terminó diciendo.

— No, Dick, no dudo de tí, pero es preciso que aclares la verdad. Mientras no consigas desenmascarar al criminal, estarás perseguido.

— Lo haré — respondió con convicción, Dick. — Ten la seguridad de que si me ayudas no tardará mucho tiempo en caer en mis manos.

— Yo haré cuanto tú digas — terminó diciendo la joven.

— Pues, por lo pronto, no diga a nadie que he venido. Mañana volveré otra vez y procura alejar a todos los criados.

Se abrazaron los dos jóvenes y Dick adoptando las mismas precauciones que al llegar,

salió del rancho sin que su visita fuera advertida por nadie.

Al día siguiente, Jim inquirió el resultado de su visita al rancho, diciéndole.

— ¿Has conseguido averiguar algo?

— Hasta ahora, no — respondió el joven. — Solamente he encontrado este pedazo de metal, que debe ser del asesino... El viejo "Carry-all" no usaba estas cosas. Hoy irás a casa del zapatero y procura informarte de quien puede ser este metal.

Jim siguiendo las instrucciones de Dick, aquel mismo día se fué a casa del zapatero, y mostrándole el trozo de metal, le dijo.

— ¿Podrías venderme un par de metales como éste?

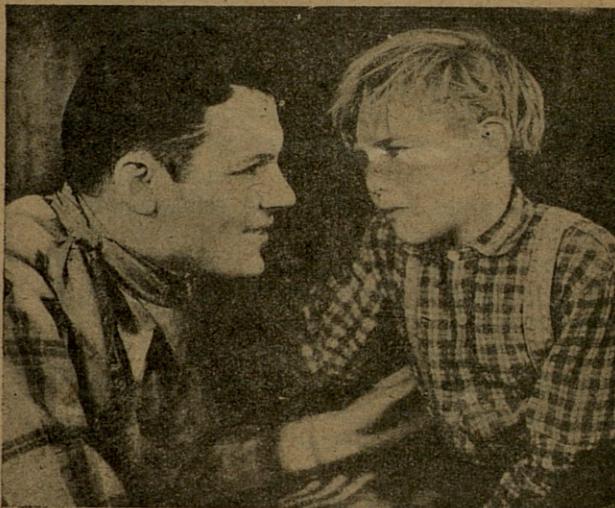
— Tendrás que esperar unos días — le dijo el zapatero — los últimos que tenía se los vendí a Jarvis hace tres días... Casi podría asegurar que éste es uno de ellos.

— Bueno, encárgamelos y avísame cuando los tengas — terminó diciéndole Jim.

Volvió otra vez a su cabaña y le dijo a Dick.

— Tengo la seguridad de que este metal pertenecía a Jarvis. Dice el zapatero que se lo vendió hace tres días.

— ¿Jarvis? — exclamó extrañado Dick — Cualquiera puede ser el asesino de Carry-all, menos él. Me consta que quería mucho al



- No me he querido dormir hasta verte.

viejo... Desde luego, este trozo de metal no nos da ningún indicio.

Y pensando nuevamente en quien podría ser el autor de aquella muerte permaneció todo el día, hasta que llegada la noche, volvió otra vez al rancho de Joan.

Cuando llegó hasta la habitación de la joven, sin que nadie le viera, encontró a



Sacó su pistola para defendese.

ésta en unión del pequeño, que al ver a Dick se echó a sus brazos, diciéndole.

— No me he querido dormir hasta verte, Dick... Joan me ha dicho que no debo hablar a nadie de tí, ni decir que te he visto.

— Eso debes hacer — respondió Dick.

La muchacha se quedó mirando a su novio interrogativamente, y éste respondió.

— Hasta ahora todo sigue igual. Me pare-

ce que me va a ser más difícil de lo que creía en un principio, poder descubrir al asesino de tu padre.

— Pero tiene que hacerlo — exclamó angustiosamente ella. — Tienes que hacerlo, por tí y por mí.

En aquel momento, oyeron pasos y Dick sacó su pistola, para defenderse, en caso de ser descubierto. Apagaron la luz, y vieron cruzar el pasillo, en dirección a la habitación de la víctima, a Jarvis.

Este permaneció durante unos minutos allí, hasta que al cabo de ellos, volvió otra vez a sus habitaciones, mientras que Joan le pregunta en voz baja a Dick.

— ¿Qué habrá ido a hacer Jarvis?

— No sé — respondió Dick. — ¡Tal vez él haga lo mismo que nosotros!

Permanecieron aun unos minutos más, hasta que se aseguraron de que Jarvis se había acostado y entonces entraron a la habitación donde había sido asesinado "Carry-all".

Dick, buscó afanosamente por todas partes con el deseo de hallar algo que lo pusiese sobre la pista del asesino, y en su inspección, hasta habrió la estufa de carbón que servía en invierno. En su interior encontró una cartera, cuyas iniciales eran las de Jarvis. Estaba muy usada y se señalaba en ella un hueco

como de una medalla que hubiera estado mucho tiempo metida allí.

Nada dijo de este descubrimiento a la joven, y se guardó aquel objeto, pensando que tal vez le pudiera ser útil en alguna ocasión.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en
EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

Precio:
UNA pta.

Tercera Parte

A los pocos días de aquellas averiguaciones se abrió el testamento del viejo "Carry-all", por el que se nombraba tutor de Joan y de Bud a Jarvis. Este quedaba al cargo del rancho, y en situación de disponer de todo cuanto había en él hasta la mayoría de edad de Bud, o hasta que se casase Joan.

El cariño que el viejo había sentido siempre por su fiel criado, quedaba una vez más demostrado con aquella disposición testamentaria y a partir de aquel día cambió por completo la actitud del antiguo criado. El silencio que siempre había observado hacia Dick, se cambió en una acusación implacable contra él, y en cierta ocasión le dijo a Joan.

— ¡Ese maldito de Dick, parece haberse escondido en el centro de la tierra!

— ¿Por qué? — preguntó Joan.

— Porque, por más que han recorrido todos los alrededores, no han podido dar con

él... Quisiera encontrarlo a mi paso, para que pagase la muerte que ha hecho...

— ¿Quién sabe si no es culpable? — respondió Joan. — Muchas veces las apariencias engañan.

— Pero, no en esta ocasión — volvió a decir Jarvis. — Solamente siendo culpable se huye, como él ha hecho. — Yo comprendo que usted le defienda por lo que pasó entre ustedes, pero ya es hora de que vaya olvidándolo y pensando que otro hombre honrado puede ocupar el lugar que él tuvo en su corazón.

Joan, creyó entender las palabras de su criado y guardó silencio, sorprendida por aquel atrevimiento. Por si alguna duda tenía todavía, Jarvis la aclaró, diciéndole:

— Joan, bien sabe usted el cariño que su padre me tenía. Tengo la seguridad de que si él viviera y yo le pidiese su mano, no me la negaría... ¿Y usted no haría lo mismo?

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó indignada la joven.

— ¡Qué la amo, Joan, la amo desde siempre y mí mayor alegría sería poderla hacer mía! Piense que yo soy ahora el que está a cargo de todo, y que no me puede mover ningún sentimiento mezquino... Solamente el cariño que por usted siento, es el que me obliga a hacerle esta declaración.

Joan, no quiso quitarle aquella esperanza,

temió que al desengaño pudiese él sospechar las entrevistas que todas las noches tenía con su novio, y finalmente le dijo:

— Jarvis, yo le aprecio, pero eso de amarle hay una gran distancia. Espere usted un poco más y yo le prometo poner de mi parte todo lo que pueda.

— Gracias, Joan — respondió alegramente él. — Sabré esperar cuanto sea preciso, con tal de conseguir la felicidad que tanto anhelo.

Y aquella noche cuando Dick fué a ver a Joan, ésta le explicó toda la conversación que había tenido con Jarvis, diciéndole al final.

— Nunca hubiera creído que Jarvis estuviese enamorado de mí.

— Eso na tiene nada de extraño — respondió amorosamente él. — Cualquier hombre de gusto, sentiría el mismo sentimiento al verte... Pero esa declaración de Jarvis me hace pensar en algo, que no había previsto.

— ¿El qué? — preguntó alarmada Joan.

— Ahora no te lo puedo decir. Déjame hacer ciertas averiguaciones y ya lo sabrás.

Una hora después, los dos enamorados se separaron cariñosamente, y Dick emprendió la marcha hacia la cabaña de Jim, pensando en cuanto acababa de decirle Joan, respecto a Jarvis. Se resistía a dar fe a sus ideas, pero por otro lado, empezaba a sentir ciertas sos-

pechas sobre el antiguo criado. ¿Sería posible que Jarvis, para apoderarse del dinero del viejo y del amor de Joan, hubiera cometido aquel crimen?... Terminó riéndose finalmente de sus ideas, y se dijo a sí mismo.

— Si sigo así, mucho tiempo, terminaré por volverme loco... Voy a llegar a sospechar hasta de mí mismo.

Para responder del crimen que había cometido, la justicia se había apoderado de cuanto había en el rancho de Dick, y anunció para el día siguiente la subasta de sus caballos.

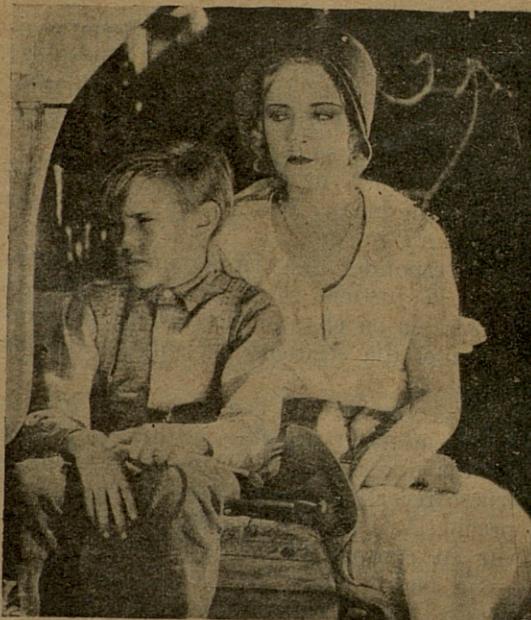
Jarvis, era uno de los que más interés tenía en adquirir aquellos animales, puesto que sabía que ninguno de los contendientes podría ofrecerle seria resistencia, en cuanto al precio. Así se lo dijo a Joan y para justificar su compra terminó, diciéndole.

— Su padre estaba enamorado de los caballos de Dick... Yo quiero cumplir su deseo adquiriéndolos, si a usted no le parece mal.

— Puede usted hacer lo que quiera — le respondió Joan. Usted es el encargado de la dirección de todos los negocios y sabrá lo que más conviene.

Aquella noche, Joan le explicó a Dick el deseo de Jarvis y la intención que tenía de adjudicarse la subasta.

— Creo que no le será posible — respondió Dick. — Esos caballos quedarán siendo míos.



Se dirigieron al poblado.

Yo enviaré mañana a una persona para que haga subir su precio.

Se dirigió luego a Bud, y le dijo.

— ¿Has hecho lo que te dije?

— Sí — respondió el muchacho — he mirado los zapatos de Jarvis y solamente tiene

metal en uno de ellos... Además, la cartera que tiene ahora, es nueva...

— Bien — replicó Dick — Mañana debéis ir los dos al pueblo, a presenciar la subasta, puede ser que consigamos algo de interés.

Al día siguiente Bud y Joan se dirigieron hacia el poblado, pensando la muchacha, cual sería el pensamiento de su novio, al hacerlos ir hasta allí.

En uno de los clásicos vehículos, la joven y el niño recorrieron el camino que había entre el rancho y el lugar donde había de celebrarse la subasta.

Cuando llegaron a él, ya estaban reunidos todos los que tenían que tomar parte en la subasta y un hombre, subido sobre una carreta comenzó, diciendo:

— Señores, nos hemos reunido aquí, para proceder a la subasta de los bienes de Dick Burtón, declarado en rebeldía. El importe de lo que se obtenga, servirá para indemnizar a la familia de la víctima... Vamos a empezar por los caballos que posee... ¿Cuánto dan por ellos?

El primero en ofrecer, fué Jarvis, pero en seguida Jim subió la postura, con gran extrañeza del primer postor. Volvió éste a insistir y nuevamente Jim insistió en aumentar el precio.

Jarvis se hallaba desconcertado ante la insistencia de aquel hombre. ¿Qué fin podía

llevar para demostrar tanto interés en quedarse con los caballos? Más Jarvis que no quería perder aquella ocasión de comprarlos, volvió otra vez a subir el precio, doblando su postura con la mayor naturalidad Jim.

Aquella encarnizada lucha llegó a interesar de tal forma a los que la presenciaban, que ninguno se dió cuenta de que cerca de ellos y convenientemente oculto estaba Dick, el hombre a quien tanto perseguían. Cuando más descuidados estaban, apareció éste y con la mayor tranquilidad, exclamó.

— ¡Parece que les gustan mis caballos!... Están ustedes ofreciendo mucho más de lo que valen.

El "sheriff" y cuantos estaban presentes, se arrojaron sobre Dick, para detenerlo y éste sin ofrecer la menor resistencia, se dejó sujetar.

Cuarta Parte

Joan y Bud, al ver que Dick se presentaba cuando menos lo presentía, corrieron hacia donde estaba y Jarvis le dijo a la joven.

— Me parece que ya tenemos en nuestro poder al que mató a su padre.

Dick se le quedó mirando burlonamente, y le preguntó a su vez.

— ¿Estás seguro de que dices la verdad?

— Todos estamos seguros de quien fué el que mató a "Carry-all" — respondió a su vez Jarvis.

Dick, sacó entonces el trozo de metal que guardaba, y enseñándoselo al "sheriff", le dijo.

— Pregunte usted a la señorita Joan, donde encontré este pedazo de metal.

— En la habitación de mi padre — respondió la joven sin titubear.

— Ahora miren los zapatos de Jarvis, a ver si tiene los dos o le falta alguno.

— ¡Eso es acusarme a mí! — exclamó indignado, Jarvis.



- Pregunte a la señorita Joan.

— Lo único que hago, es cumplir tus deseos. Descubrir quien fué el asesino del viejo "Carry-all" y ayudar de esa forma a la justicia.

El sheriff obligó a Jarvis, a que mostrara las suelas de sus zapatos, y todos pudieron comprobar de que, en efecto, en uno de ellos, faltaba el trozo de metal que había en otro.

— ¿Cómo puede explicar esto? — preguntó el "sheriff".

— No sé — respondió, fingiendo una gran indiferencia Jarvis. — Tal vez se me haya caído y el chico lo haya llevado allí.

— No es verdad — respondió Bud. — Yo no he cogido ningún trozo de metal.

— Supongamos, que es como dice — continuó diciendo Dick, — Pero, y esta cartera ¿de quien es?

Jarvis miró la cartera y exclamó

— No es mía.

— ¿Y estas iniciales, que son precisamente las tuyas? — insistió Dick.

— Eso no quiere decir nada.

— Veamos otra cosa. En esta cartera ha estado guardada mucho tiempo una medalla, aquí se ve todavía su marea, regístrénlo para ver si tiene la medalla y si coincide con este hueco.

Jarvis se vió perdido en aquel instante, y antes que entregarse, pretendió huír. Hizo ademán de montar a caballo, pero Jim que no le perdía de vista, le encañonó con su revólver, diciéndole.

— No corras tanto hombre... ¿No ves que te queremos acompañar todos, para que no te pierdas?

Aquella acción fué lo que más comprometió a Jarvis, que imposibilitado de resistir

dejó que le registrasen, encontrándole la medalla.

El sheriff comprobó ésta con el hueco que había en la cartera y se correspondieron perfectamente. Ya no cupo duda de la culpabilidad de Jarvis, y Dick explicó como había concebido sus sospechas, diciendo:

— Cuando me enteré de las disposiciones testamentarias de "Carry-all", comprendí que Jarvis conocía el testamento y que quiso matar al viejo, para poder disponer a su antojo, de cuanto había en el rancho. Pero como en una de las cláusulas quedaba anulada esta disposición en cuanto Joan se casara, creyó que lo mejor era ser él su marido y por eso solicitó su mano.

Joan asintió a cuanto decía Dick, quien por último dijo:

— Para mayor prueba de cuanto digo podemos ir en busca del zapatero que vendió los metales a Jarvis y él dirá que dos días antes de la muerte de "Carry-all" i fué aquél a compráselos.

En vista de tantas pruebas y de la misma actitud de Jarvis, el "sheriff" ordenó a sus hombres:

— Atenlo bien y llevenlo a la cárcel... ¡Por culpa suya, íbamos a condenar a un inocente!

Se volvió para pedir perdón a Dick, pero éste ya no estaba allí. Entonces vió que la

carreta donde había venido Joan, se dirigía nuevamente hacia su rancho, mientras que en el interior, los dos jóvenes sonreían tiernamente abrazados.

Entre ellos iba el pequeño Bud, que al ver a los enamorados, sonrió alegramente y les echó sus bracitos al cuello, como si los quisiera unir más aún de lo que estaban.

FIN

CANCIÓNERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan
32 páginas de texto: 30 céntimos

■ VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO ■

Carlos Gardel	Azucena Maizani	Olvido Rodríguez	
Imperio Argentina	Mario Visconti	Josefina Baker	
Jeanette Mac Donald	El Cante Jondo	Juan B. Giliberti	
José Mojica	Carlos Gardel	Conchita Piquer	
Roberto Rey	Nuevos tangos		
Blanca Negri-Alady	Dolly Haas	Gaynor-Farrell	
Enriqueta Serrano	Lupe Rivas Cacho	Olimpia de Córdoba	
Felisa Galé	Mercedes Serós	Imperio Argentina	
Celia Gámez	Custodia Romero	Nuevos tango	
Orquestina Planas	Emilio Sagi-Barba	Goyita Herrero	
L. Harvey-H. Garat	Marcos Fiedondo	Raquel Meller	
Maurice Chevalier	Marlene Dietrich	Elvira de Amaya	
Ramper	Agustín Irusta	Argentinita	
	Luisita Esteso	Miguel Fleta	
		Meg Lemonnier	

NUMERO EXTRAORDINARIO

Dedicado a **IMPERIO ARGENTINA** y **CARLOS GARDEL**

Precio: 60 céntimos

ALMANAQUE 1933

Dedicado al genial estilista **CARLOS GARDEL**

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Ediciones Biblioteca Films



Envíalo a EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona